GONZALEZ VERA

Eutrapelia, honesta recreación

Babel

A Oscar Vera Lamperein y Arturo Soria y Espinoza, inventores de este librito.

COLECCION "BABEL"

ALONE: Aprender a escribir

MANUEL ROJAS: Imágenes de infancia

GONZÁLEZ VERA: Eutrapelia, honesta recreación

ENRIQUE ESPINOZA: De un lado y otro

EUTRAPELIA, honesta recreación

por

GONZALEZ VERA

Compuesto con

Baskerville Linotype
e impreso sobre papel Pluma
en las prensas de
EDITORIAL UNIVERSITARIA, s. A.
calle Ricardo Sta. Cruz 747
Santiago de Chile
Proyectó la edición
MAURICIO AMSTER

INDICE

- I. El conferenciante, 11
- II. Buscadores de Dios, 39 Escala mística, 44
- III. El escritor y su experiencia, 53

EL CONFERENCIANTE

En Chile rara es la persona que no desee contribuir al bienestar humano como conferenciante. Hasta los hombres más acaudalados prefieren esta forma de beneficencia.

Ciertos días, en Santiago, no menos de diez charlistas se ponen en contacto con otros tantos auditorios. La conferencia ha logrado así convertirse en algo tan bueno como el pan; ha penetrado hasta la raíz de nuestras costumbres; es una necesidad.

Además de las instituciones docentes, científicas, artísticas y literarias, poseen salas adecuadas para tal fin los bancos, los ministerios, los clubs, los diarios, etcétera.

La abundancia y gratuidad de las conferencias, ha impedido que surjan sociedades para darlas con entrada pagada, aunque éstas las patrocinen los más altos escritores. El público, cuando se las menciona, las recibe con la misma frialdad que si le propusieran el ingreso a sociedades para respirar.

Cuando llega un extranjero sin oficio, apenas sus amigos se cercioran de que sabe leer y escribir, se le propone que hable. No importa que desconozca el español. Hay asociaciones, sostenidas por colonias extranjeras, donde se puede hablar en francés, japonés, ruso, húngaro, alemán, inglés, hebreo, rumano, chino, esperanto y cualesquiera lenguas.

La conferencia requiere un individuo que presenta, un conferenciante y un auditorio que debe escuchar a uno y otro.

Antes hacía la presentación una persona gloriosa. Por ejemplo, un literato popularísimo o algún personaje de ilustración varia a quien los jóvenes distinguían con el nombre de pensador. El literato, el pensador, hablaba media hora y dejaba al conferencista consagrado hasta el término de sus días. Si el pensador estaba en el secreto de la elocuencia, el hablante quedaba un tanto deslucido, un poquitito opaco.

Ahora la presentación la hace un joven cualquiera, sin nombre, un aprendiz de conferenciante, un futuro charlador. No siendo nadie, da relieve al hablador verdadero y consagrado, pero con el ejercicio va perdiendo la vergüenza y termina por suplantarlo. Presentar, sin embargo, es tarea delicada, de confianza, en que el tino y la cautela, por sutiles que sean, nunca son suficientes.

¿Qué palabra debe el presentador decir primero? Acaso convenga partir de algo inaudito, lejano, insospechado, aunque sea procedimiento demoroso. Así se llega a las palabras cordiales, a la leve semblanza, al resorte milagroso de la simpatía.

Los rodeos, en una presentación, llenan dos objetos: es el uno no decir casi nada del que va a dirigir la palabra, para que el público se le entregue sin prejuicio, y el otro es provocarle el deseo de que el presentador se calle. En ambos casos se beneficia el sucesor.

Hay presentadores que por odio a lo vulgar, inician su alocución con ataques vigorosos al conferenciante. Con este procedimiento es seguro que romperán la aparente apatía de los oyentes; pueden mejorar la temperatura de la sala y cada palabra será recibida como si fuese moneda. Pero, bastará que los amigos del presentado no sepan apreciar ese arranque original y sugestivo, en lo que vale, para que el presentante sea ultrajado allí mismo, aunque con ello se pisoteen los fueros de la inspiración y se cause grave ofensa a las musas.

Por el camino opuesto, el de las alabanzas, resultará vano su empeño si no consigue fundarlas muy bien. El favorecido y cuantos lo admiran sentirán gran contentamiento, pero el auditorio —suma de muchas inteligencias en actividad—, será raro que se una al coro. Y nada raro que se mofe equitativamente de uno y otro.

Mal sale del paso quien describe a su perso-

naje. Si dice que éste tiene la frente alta y despejada, dirá palabras vanas, porque está a la vista de todos; si afirma que sus ojos son muy hermosos, no habrá una sola mujer que desde el instante de llegar no lo sepa. Además, el descrito, ¡es tan natural! sentiráse convertido en fenómeno y experimentará odio atroz por el hablador.

Grave imprudencia es avanzar que dirá esto o aquello. Los oyentes, con miradas, movimientos intencionados y ruidos, le significarán que no debe seguir, y que, si pretende decir lo que corresponde al siguiente, alguien está de más. Y el presentado, el propio presentado, viendo cómo disminuye el caudal de su conferencia, lo mirará con el afecto de Caín.

Muchos peligros entraña la presentación; ya porque se dice demasiado; ya porque se invade la órbita del hablante; una vez porque se es muy preciso, otra por caer en lo difuso. A esto debe agregarse el pecado de vanidad que suele hacer presa del presentador. Supongamos que se crea elocuente o se considere con voz aterciopelada. ¿Será capaz, con tales estigmas, de respetar el tiempo del conferenciante? El público acaba de llegar. Oirá con ansia los primeros diez minutos. Después, quizás por un lapso idéntico, lo hará con respeto no desprovisto de prevención.

Esos veinte minutos puede ocuparlos el presentador si la vanidad lo asedia, si no puede refrenar sus malas pasiones, pero es bueno que sepa que se habrá creado un enemigo atento y duradero: el conferenciante, el pobre sucesor, que actuará ante una concurrencia fatigada, impaciente, avara de aplausos, dispuesta a ponerse de pie apenas haga una pausa o lo aqueje un acceso de tos.

Más ventura encontrará el presentante si imita la técnica de la decoración. Es decir, si fija levemente al personaje y traza el contorno, el ambiente, con pinceladas de gran expresión, que le sirvan de apoyo y le sitúen con amabilidad frente al auditorio.

. . .

Conferenciantes hay que, además del presentador, necesitan la compañía de individuos ilustres. Estos, sentados a la vista del público, simbólicamente responden de él, le dan brillo con su individual grandeza.

Tales hablantes son primerizos. No están muy seguros de su talento, les angustia ser incomprendidos y, sin confesarlo, sienten miedo a la rechifla o al ataque de hecho. Por todo esto ansían que unos cuantos hombres notables estén de cara a los oyentes, conteniéndolos con sus efluvios morales.

En el pecho de otros conferenciantes no hay hueco para la duda o el temor, pero saben cuánto vale la huena presentación y cómo pesa en el ánimo de los asistentes ver tanta figura augusta en el hemiciclo. Su sola presencia transmuta una charla regular en bonísima.

Ocupar, ante el auditorio, la cabecera, es privilegio.

¿Quiénes son merecedores de honor tan señalado? Personas de tanta o más valía que el conferenciante. Si éste es ensayista o maneja ideas generales, le harán buen acompañamiento educadores, diplomáticos, escritores y políticos de varia ilustración. No siempre puede contarse con seres activos. Por definición deben estar en todas partes. Hay que recurrir a personajes que fueron lumbreras y que en el presente viven retirados, no por su voluntad ciertamente. A menudo aceptan. Les mata el descanso, no se resignan a que el poder huyera de sus manos. En su momento atraían todos los aplausos, nada se hacía sin consultárseles, ningún acto podía celebrarse en ausencia suya y sus nombres figuraban, con relieve, en las reseñas periodísticas.

Al madurar la nueva generación fueron desplazados. Otros sujetos ocuparon las tribunas, escribieron los libros, representaron al pueblo, asistieron a las veladas e impusieron sus nombres a las reseñas. ¿Y qué fué de ellos? Con todo su saber, su espíritu creador, su habilidad para estudiar problemas intrincados y su prestigio, quedaron al margen, ahogados por el silencio, como si nada pudieran ni supiesen. Entonces, enfurecidos por la ingratitud, se encerraron en sus hogares a pensar en vano, a escribir en vano, a planear notabilísimas mejoras también en vano, porque los nuevos, los elevados por la veleidad multitudinaria, aunque no acertaban en cosa alguna, escribían obras confusas y actuaban de manera demencial, llevábanse todos los aplausos.

Al ser solicitados, muy tardíamente, para presidir un acto, aceptan creyendo que una reacción está produciéndose. Y oyen el comienzo de la conferencia, su desarrollo y término con respeto, a veces con simpatía cierta, pero seguros en su interior de que mejor lo harían ellos mismos. Se dejan seducir por nuevas invitaciones no menos honrosas, en que oyen como valientes toda suerte de disparates, ideas opuestas a las suyas, despropósitos que en una conversación no habrían tolerado. Siguen oyendo, no por gusto sino por deber, por patriotismo, por contribuir a la renovación de la cultura. Deben contener el aburrimiento, la indignación, no darsepor enterados de la ignorancia increíble del perorador y hacerle guerra al deseo de dormir, sea torturándose los dedos o aspirando arrítmicamente. Y sufriendo comprenden que el aislamiento, aunque involuntario, no es un mal. En ese mismo instante, ¿cuánto mejor no estarían con amigos queridos, paseando o interesados en conversaciones amenas o, simplemente, en contemplación o meditando? Y después de varias

experiencias semejantes retornan a la existencia anónima que permite dar al tiempo un uso placentero. Rechazan con buenas maneras cualquier nueva invitación, aunque se les asegure que Demóstenes, y no otro, es quien hablará por boca del conferenciante.

Mas, como los ilustres olvidados llegan a centenares, el conferencista encuentra reemplazantes. Y los aúditores pueden distinguirlos con su silenciosa admiración.

. . .

El conferenciante ocupa un sitio entre el orador y el actor. Es sensitivo. Posee el convencimiento de su singularidad absoluta. Siente que ha nacido para cumplir una gran misión y la cumple implacablemente. Es sin duda un artista. Si el mundo fuera una policromía, consideraríase matiz indispensable.

Aunque la humanidad doliente los confunde, divídense en categorías, a menudo divergentes: los que leen, los que hablan y consultan apuntes, los profesores, el improvisador puro y el simulador.

Quien lee ofrece la ventaja de terminar cuando llega a la última palabra. Considera, para su propio consuelo, que su método es científico y honesto, porque —y esta idea está muy generalizada—, lo que se escribe se ha pensado mejor. Más se dilata el que habla y consulta apuntes. Es, con frecuencia, orgulloso. Cree, por llevar notas, que supera al mero lector en capacidad de síntesis. Y, como va desarrollando libremente cada idea, está convencido de que su comunión con los oyentes es más profunda, más íntima. ¡Feliz él!

. . .

El profesor también suele dar conferencias. La costumbre de ganarse el sustento hablando le ha dado medida, claridad y voz de tono abarcador. No hablaría así no más. Lo hace por extender su prestigio o con vista a un ascenso vislumbrable. No tiene ningún sacratismo por las palabras. Se mete en ellas como el apir en su mina. No se exalta, mide sus emociones, podría decirse que habla con pudor. Actúa con la naturalidad del que ejerce un oficio. Habla en estado de ausencia. Lleva varios libros bajo el brazo. Empieza a discurrir. Luego abre un volumen y lee dos páginas. Especula otro instante v lee página y media. Desarrolla la idea central, razona, limita, bordea ideas afines y vuelve a la fuente para recitar uno o dos párrafos. Nunca deja de expresar conceptos juiciosos. Los majaderos, tal vez guiados por la envidia, suelen objetarle que lo dicho de su propia cosecha es inferior a lo que lee.

El profesor, gracias a la costumbre, apenas

entera los cuarenta y cinco minutos ordena sus textos y guarda un silencio digno y bienhechor.

. . .

El improvisador puro es el más sano de todos. No odia a los otros hablantes. Los compadece. Considera que son meros aficionados que pierden en vano su tiempo. Cree que se nace con el don.

Fiel a su creencia no lee, no estudia, se deja llevar por su sentimiento. Utiliza las nociones asimiladas en el liceo. Recuerda decisivas oraciones de griegos y latinos. Gesticula. Mientras habla adopta actitudes heroicas y magníficas. La palabra va ilustrada por el gesto. Este determina la afluencia de nuevas frases, de exclamaciones, de una que otra idea. Su representación distrae al público y lo conquista. Puede, en consecuencia, hablar más largamente que los anteriores. Siente, sin dejar de hablar, cuándo lo acompaña la simpatía. A menudo habla sólo hasta quedar afónico. Es tan dramática su expresión que podría pensarse que el mundo se derrumbará cuando dé el último grito.

Se le puede conocer por la forma en que comienza: "Hay momentos", "Pocas circunstancias como éstas...", "Razón tuvo Horacio cuando...".

Patético es el caso del simulador. No podría escribir una conferencia, tampoco es capaz de hacerse una pauta, no tiene formación en letras ni ciencia ninguna. Es lector de editoriales, sabe frases. Hay en su ser una pasión violenta, pero sin rumbo. Lo más que podría decirse de él es que aspira a ser alguien. ¿Qué accidente lo induce a valerse del verbo? Dice mil cosas por hablar. Sólo quiere hablar y hablar. Odia el reposo y el sueño. Es casi siempre un ser de mente desordenada, tímido, astuto, cauteloso, muy inseguro, parecido al morfinómano, al jugador, al poseso, al enfermo. Fué hombre común, inofensivo, hasta bordear la madurez. Entrado en ella no se siente vivir sino cuando habla. Estar en silencio es para él un sufrimiento. Vive de oír, pero de oír sólo lo que él mismo dice.

Su nefasta y secreta pasión le lleva a todos los sitios donde el hambre de aprender reúne a gentes buenas e inocentes. Tiene facilidad para enfilar palabras y hablaría, si hubiese oyentes absolutos, días y noches completos. ¡Y no siente nada profundamente y nada sabe a las derechas!

Posee el sentido del mimetismo. Se presenta ya como profesor, ya como improvisador y consulta, a veces, ciertos garabatos con los que se zafa cuando el disgusto colectivo arrecia. Ante el peligro, exclamará con voz austera y angustiosa: "Es cuanto tenía que decir...".

Cuando un auditorio lo esquiva, busca otro. Es frecuente oírle decir que está en deuda con la sociedad, pues ésta le ha dado una cultura que debe traspasar a sus oyentes. En debates públicos considera que puede enriquecer la dilucidación expresando su punto de vista. Tiene por deber suyo no restar su concurso en el estudio de lo que sea, porque la verdadera democracia se edifica con el pensamiento de todos.

Si llega el momento en que ninguna institución tolera su ayuda, se hace incluir en programas de veladas escolares, aunque sea en el último lugar. Luego se las ingenia para hablar entre los primeros.

En su descenso organiza sociedades extrañas. A los incautos que sufren su seducción les enjarreta sus lucubraciones. El mismo se nimba de confianza llevando a la prensa informaciones en que se juzga con generosidad y consideración.

Después de peregrinar por centros patrióticos, benéficos, internacionales, bilingües o panamericanos, y de ser eliminado de todos ellos, descubre que la sociedad está muy corrompida e ingresa en cualquier partido conservador o nacionalista. También ocurre lo opuesto: se le revela, por súbita iluminación, cuán horrenda es la desigualdad social y, consecuente, trata de acabarla desde ese mismo día, hablando.

Va entonces a los modestos salones de ácratas o comunistas. Por meses disfruta de núcleos ávidos de saber, formados por prójimos sencillos y fraternales. Mas, como no hay organismo sin medios defensivos, es expulsado por demagogo, o confusionista, o por mantener sospechosos vínculos con los enemigos tradicionales del proletariado.

Un hombre de seso maduro aprovecharía ese interregno para recluirse en la santa vida del hogar. Meditaría allí, con sosiego, en las dificultades que la pasión del bien público depara al ser humano; pero el simulador no se conforma. Quiere servir a sus contemporáneos, a su país, a su raza, mientras aliente. Y como la incomprensión le persigue, merodea en torno de banquetes y funerales, sea para enaltecer al festejado o fijar los méritos del que retorna al seno del Altísimo.

Antes de la hora final, también debe renunciar a los banquetes y funerales. Entonces vuelve sus ojos al oriente y comprueba que la verdadera sabiduría allí tuvo su cuna. Se dará maña para organizar una rama espiritualista y, aunque haya envejecido en el culto multiforme a la carne, adoptará una dieta austera y vegetal.

Cuando se piensa en estos hombres, uno debe felicitarse de que su inmensa energía quieran sólo convertirla en charlas y conferencias.

¿Qué sería de la sociedad si en vez de hablar,

asaltaran a los caminantes, robaran animales, fueran incendiarios o, convertidos en iconoclastas, asolaran los templos? Ni siquiera lo pensemos.

Gentes entre sí desconocidas entran a la sala. Dominan las personas bien vestidas, pero no escasean los empleados modestos, los obreros de rostro inteligente, las señoras que tuvieron rango.

Emociona ver cómo entran los ya ancianos. No deja de entusiasmar el brioso interés de los jóvenes.

En la lenta masa que se mueve de la calle al interior, los sombreros floreados y las faldas de colores dan calidez al acto que deberá comenzar luego.

Parece que a todos los moviera el deseo de aprender, informarse y enriquecer su espíritu. ¡Así debe de ocurrir en el cielo!

Dos señoras, cuatro señoras, veinte señoras se han acomodado en el salón. La vestimenta de unas es más rica; en otras cobra relieve la expresión afable; a éstas las ilumina cierto halo romántico; aquéllas tienen el rostro trabajado por alguna preocupación teosófica. Pero, aunque individualmente difieran, hay en ellas un sello fraternal, una como condición semejante. Son mujeres que cumplieron con el ge-

nio de la especie. Sus hijos alcanzaron la edad de la independencia, y, sus maridos, si permanecen en el mundo, en esos momentos tal vez comprueben que el vino es bueno o recuerden su alegre juventud.

Ellas, sin dinero bastante para costearse entretenimientos verdaderos, vienen a la sala tibia, brillante de luces, y ahí conversan, y ven gratis a personas distinguidas o famosas.

. . .

Embargados por la timidez, esquiva la mirada, siéntanse en sitios próximos a la tribuna jóvenes que padecen la obsesión de cultivarse, porque "huertos son nuestros cuerpos". Se alegran de haber llegado temprano, gozan porque no perderán ni una sola palabra. Al abandonar sus oficinas, sus talleres, pensaron que sería criminal no oír esta conferencia.

Han descartado la posibilidad de reunir una fortuna, pero no la de atesorar ideas, juicios, puntos de vista, observaciones, argumentos. Viven embriagados y pisan en lo firme pensando que este caudal es inviolable, no pueden perderlo, ni nadie podría arrebatárselo.

. . .

Algunos individuos, apenas se abre la puerta, ocupan sillones que nadie quiere: aquellos que tienen delante una columna o cualquier obstáculo. Su aspecto es vulgarísimo y sencilla su presentación. Por la edad, el aire silvestre y la apatía, se adivina que padecen una jubilación misérrima. Son viudos o solteros forzosos. Les aterra llegar a la fría pensión antes que la mesa esté puesta. Si dispusieran de algún dinero entrarían a un bar, pero cuentan los centavos en relación con los días que faltan para el nuevo mes. ¿Dónde ir, dónde estar medianamente cómodos, dónde encontrar un poco de calor y de luz? Protegidos por la columna oyen frases que nadie dice en la pensión ni en la calle; algo reconfortante penetra en sus espíritus y hasta pueden dormitar. Cuando suenan los aplausos más prolongados, los finales, saben que es exactamente la hora de comer. Y se van contentos. No han hecho daño a nadie y otro día ha terminado.

Los silenciosos tienen el rostro profundo, ensimismado el aire y todo revela en ellos espiritualidad. Oyen en éxtasis como los melómanos.

. . .

A menudo conocen un vasto vocabulario, han hecho estudios más que corrientes, suelen tener conocimientos especiales. Saben apreciar la forma, el contenido, la originalidad, porque la meditación permanente les ha depurado; mas, padecen de atrofia verbal, de incapacidad discursiva. Usan las palabras más breves, temerosos de equivocarse y prefieren el aislamiento.

Como lo habitual no es desarrollar las propias capacidades, sino conquistar otras, estos seres mudos (qué destino) están unidos, igual que la sombra, a los hablantes. Hacen sacrificios por estar a su alcance.

La melodía de la palabra dicha importa para ellos más que lo que ésta pueda expresar o conducir. El placer está en oírlas en cantidad, en sentirlas sonar, vibrar, en recrearse con el eco.

Ocupa el silencioso una categoría cercana a la del músico. Su oído está superiormente afinado, y percibe, en singular, los matices, los tonos, que envuelven el sentido de las frases.

Podría decirse que el silencioso aplaude con su corazón. Mientras el flujo verbal posee al conferenciante, él permanece en su nirvana. Cuando la última palabra devuelve su imperio al silencio, el nirvana se extingue y el callado padece la angustia de los ruidos inorgánicos.

moble consumer of

Amable contraste ofrecen los jóvenes y señoritas que llegan premunidos de cuaderno. Su presencia es la que más halaga, la que llega al alma del charlista, porque aquéllos no se contentan con escuchar, oyen activamente, anotan

frase tras frase. Mirándoles, el hablador encuentra su mejor pago. Y como nobleza inspira nobleza, se afana en seleccionar sus mejores pensamientos, en verterlos en forma ceñida y pura, en moderar el énfasis y modular con primor cada vocablo.

Por más que su inspiración quiera vaciarse con la violencia de la catarata —lo que electrizaría al auditorio—, el hablante la refrena, y sus oraciones se deslizan con ritmo lento. Así colabora y facilita el trabajo a esos jóvenes estudiosos, que no ponen su confianza en la memoria falaz, que anotan y sintetizan, en una palabra, que aspiran a tener una verdadera cultura.

Las señoritas y los jóvenes escriben con movimientos rápidos, con rasgos nerviosos. Sus rostros, por reconcentrados, no denotan emoción. Los vecinos de asiento no participan del espejismo del conferenciante; ven, al atisbar, que esos caracteres son taquigráficos y entienden que quienes los trazan son aprendices que hacen la práctica. En meses más, en un año, oirán solamente a parlamentarios, a consejeros y severos gerentes.

. . .

La moda determina cambios de tema y exige títulos que aludan a lo nuevo. Sería casi imposible reunir oyentes para una charla, que se llamara: "La sexualidad al alcance de todos", pues les parecería ñoña, pero seduciría si la denominación fuese: "El ritmo en los movimientos de la líbido".

Los jóvenes ansiosos de saberlo todo, suelen ir a las conferencias guiados por el título, cuando es sugerente. Sin embargo, proceden con la más recelosa prudencia. Sitúanse en la puerta y, por amables que sean los requerimientos del acomodador, no se sientan. Allí se quedan, oyen el preámbulo y luego salen como huyendo de un incendio.

En la puerta se sitúan también quienes tienen cita o vehículo para veinte minutos más tarde. Son eclécticos, bonachones, y aplauden cada vez que la cortesía lo aconseja. Si el conferenciante los mirase, es posible que pensara, con aflicción, en que las sillas no han sido suficientes, ya que tantas personas quedaron de pie. ¡Grata ilusión!

Apenas llega el minuto del compromiso, o de subir al autobús, aunque el charlista esté diciendo algo de vida o muerte para los destinos del país, parten desalados. Se les conoce porque consultan el reloj en demasía.

. . .

Entre los que han tomado asiento hay muchos varones que también consultan su reloj. Son los amigos y vecinos del conferenciante. Y allí están. Saben leer, saben escribir, poseen oídos normales, pero no tienen el hábito de escuchar conferencias. Les perturba la sensación de no estar en lo propio, en lo habitual. Ha sido gran honor ser invitados. Mas, consideran que esc lugar es para los sabios. Estos están preparados para entender tanta palabra. Ellos siempre tuvieron otras aficiones. Hasta temen que cualquier conocido les vea y exclame: "¡Intrusos! ¿Qué hacen ahí?" Por eso miran por lo bajo la lenta ronda de los minutos. Aparentan atención. Piensan, efectivamente, que la existencia no es una sucesión de hechos felices. Y para animarse se aseguran que no hay conferencia que dure toda la santa noche.

. . .

A cuantos concurren a estos actos, atraídos por el sortilegio del verbo, es justiciero agregar cierto número de vesánicos. Oyen con la más patética seriedad y, cuando se hace nuevamente el silencio, avanzan hasta la tribuna y felicitan al hablante con aspavientos y reverencias casi dramáticos.

. . .

Entre los auditores, de suyo morenos, resaltan los individuos y las damas rubios, de ojos azules, unos cuantos de nariz que se humilla sobre el labio superior, acaso parientes remotos de nuestro Señor Jesucristo. Llegaron de lejanas naciones ha poco y entran para familiarizarse con el idioma. Mientras más larga es la perorata, mayor es su felicidad, pues todas las palabras son gratuitas. Más tarde las emplearán como dardos en el trueque de productos de bisutería y también en cosas útiles.

. . .

Concurren asimismo, jovencitos que empiezan su carrera burocrática. La sala de conferencias es para ellos el trampolín. Allí se crean provechosas vinculaciones para la hora del ascenso. Heroicamente beben la cicuta durante hora y media. En el minuto de los parabienes se aproximan al conferenciante. Han oído de la primera a la última palabra. Le expresan a éste que nunca se deleitaron más con una exposición tan clara, tan armoniosa, como la suya. No sintieron el tiempo. Lo sensible es que tal y cual punto no lo desarrollara más, cuando con sólo otra media hora hubiese bastado. ¡Es una lástima! Ellos, si el maestro diera una conferencia suplementaria, serían los primeros en llegar a la sala. Están impresionados de tal manera con sus ideas, que no se sentirán a gusto hasta conocerlas del todo.

El charlista sabe que no podrá hablar muy pronto (el público comenzó a desertar desde el comienzo) y el fervor de esos jóvenes, tan atentos, le emociona. Entonces opta por invitarles a tomar el té en su hogar, en donde entre un pastelillo y otro, va haciéndoles entrega de su recóndito saber.

El conferenciante y el público se complementan, no sin reticencias. Aquél considera su parloteo beneficioso para la sociedad. Da rumbos, plantea temas apasionantes, actúa, es su creen-

cia, como arquetipo de la opinión pública.

Los oyentes son el receptáculo, llegan a la sala porque sí, por una especie de vicio. Si el charlista es muy letal, inician su defensa con ruidos, con toses, sonándose las narices, o dejando caer el paraguas. Algunos asisten sólo para irse tan pronto como el orador modula las frases iniciales. Los hay iracundos que se alejan taconeando. Otros, formados en una escuela exquisita, se levantan en silencio apenas el conferenciante renueva el aire de sus pulmones, y se van pisando con levedad, miran al conferencista y en sus movimientos graciosos y concertados, expresan su pesadumbre por ausentarse. Desde que se alzaron y hasta que traspusieran la puerta han desarrollado un verdadero poema mímico.

Los cortos de genio habríanse ido muy gustosamente a los cinco minutos, pero, dada su naturaleza, aguardan que un audaz inicie el éxodo. Así, y de cien diversos modos, se desgrana y se venga el auditorio de su buscado tormento.

Pero el hablante perverso también cuenta con sistema para abatir la moral de los auditores, fuera de su propia conferencia, naturalmente. Consiste en llevar su peroración escrita con mucha interlinea, en papel denso, que forma un legajo atemorizador. Unos, al oírle leer sin apuro la primera página y ver cuantas le quedan, casi sollozan. La treta que indigna a los nerviosos y que el orador emplea al arreciar las carrasperas, es la de abandonar la carilla e improvisar una variación. El auditor se deprime en grado absoluto, porque siempre la imaginación es más pavorosa que la realidad. Alucínase con la idea de que cada carilla será completada con explicaciones extras, sin término presumible.

. . .

Hay conferenciantes consumados, de buen espíritu, psicólogos natos, que no castigan al auditorio con lecturas fatigantes. Se lo conquistan con gestos generosos. ¿Cómo proceden? Las páginas leídas las van dejando aparte, como si quisieran asegurar así que no las releerán. Suelen ir más lejos todavía. Hacen una pausa, miran varias hojas ligeramente y, en silencio, las agregan a las pasadas. Luego miran a los concurrentes y expresan:

-En consideración a que el tiempo avanza, me limitaré a lo substancial.

Prosiguen la lectura y se saltan otras páginas.

Los oyentes piensan para sí: "Este caballero es un ángel. ¡Qué consideración la suya! Y quizás cuántas horas habrá meditado para escribir todo eso". Apenas termina un período le aplauden con delirio. Ellos también son caballeros y señoras que saben apreciar la delicadeza. Y producida la siguiente pausa la atmósfera resuena con otros aplausos apasionados.

Explica el conferenciante:

 Esta parte resultaría oscura si no dijera que (durante largos minutos improvisa).

Continúa leyendo, vuelve a sacrificar hojas, pero, como sería absurdo dejar un concepto en el aire, habla libremente, un rato, y aclara y junta sus pensamientos.

El público se le asocia con palmoteos corteses.

En otras breves improvisaciones halaga los oídos, diciendo:

-Nos acercamos al término... poco nos queda para concluir y... Ya que el tiempo apremia... (Algunos piensan: "¡Ojalá Dios le oiga!"). La hora apenas nos dejará decir... No quisiera separarme de Uds. sin agregar... A continuación de cada falso anuncio le brotan abundantes oraciones, a veces en el tono del razonador y, si la emoción anuda su garganta, con sonoras y veloces palabras, perorando. Aunque los más no dudan que en seguida todo habrá concluído, por prudencia cesan de aplaudir. Unos pocos, nada caballeros y sí pesimistas, han contado los minutos que empleara en las aclaraciones, adiciones, en los raptos oratorios, en los gestos sin palabras y al considerar que sobrepasan a lo que no leyó, se van amargados. Los auditores de fe siguen teniéndole por caballero y confían en que terminará. Y esperan.

Sin embargo sienten deseos de toser, y tosen; estornudan, estiran las piernas; susurran las señoras. Se va adueñando de unos y otras la decepción. El orador se queda en silencio y parecería que mira a cada asistente. Un sí es no es de medrosidad se difunde en la sala. Los más bajan la cabeza para que aquél no les adivine el pensamiento. Todavía le quedan muchas páginas. Con ademán heroico, se puede decir que sublime, las coge y deposita sobre las que levera. Todos querrían ir hacia él y abrazarle. Las damas hasta lo besarían. El los contiene levantando su noble mano:

 Quiero agradecer a la selecta e ilustrada concurrencia su generosa atención, ahora que he terminado, y quiero, asimismo (esta frase precede a cien más. La última resuena un cuarto de hora después).

Cuando al fin concluye de manera cierta, muy pocos pueden darse el gusto de felicitarle. El no se extraña. Sabe que el verdadero amor a la cultura habita en muy contados seres.

H

BUSCADORES DE DIOS

El Dios que todos llevamos, el Dios que todos hacemos, el Dios que todos buscamos. y que nunca encontraremos.

ANTONIO MACHADO

Cuando la religión dió por cierto que existía Dios, afirmación tan audaz como grandiosa, satisfizo a millares de individuos que no se consideran fines y encuentran insufrible ser, únicamente, eslabones de la especie.

Pero los padres de la iglesia no estuvieron en su mejor día al definir el carácter de Dios, y menos aún al sentar que su aserto valía para siempre. ¿Qué dura siempre? La piedra misma, claro que no tan ligero como el ser humano, ni como la planta, también está mudando con una velocidad acomodada a su firme naturaleza, y estalla, se destruye y se rehace en el silencio de la tierra.

Como fué concebido pudo ser bueno para uno o dos siglos.

La consecuencia de concebirlo eterno es que un tercio cree, otro niega y el último podría creer si Dios se acomodara a su gusto.

Párrocos, rabinos, popes, pastores y demás creyentes profesionales darían su vida por la hipótesis positiva. Asimismo, las multitudes educadas en dicha certidumbre.

Es grata la negación a los ateos, los soberbios, a cuantos presumen que lo espiritual —Dios—es creación humana; a tales o cuales investiga-

dores que no aceptan sino lo que se puede comprobar: lo químico o lo físico.

Los ansiosos de creer, los religiosos puros, forman un grupo heterogéneo. Unos creyeron, dudaron y querrían reempezar; otros, descontentos con los halagos del mundo, presienten que su salvación, auque fuera momentánea, podrían encontrarla en el espíritu; hay quienes no se resignan a morir del todo; otros consideran impoético haberse asomado al mundo y terminar, sin remedio, en el cementerio. Todos añoran el alma que les abandonó en la adolescencia. Por ser inmortales, solamente sombras inmortales, ¿quién no lo daría todo?

En vez de considerar a Dios como existente, premunido de atributos fijos y poder invariable, ¿por qué no derivar, con humildad, hacia la idea de que pudiera existir? ¿No ganarían con esto todas las iglesias?

Los creyentes nada perderían buscándolo porque lo llevan dentro; los negadores correrían, por cortesía, el riesgo, porque cabe negar desde uno o más puntos de vista, pero no cuando surge un método nuevo; y los que oscilan entre la fe y la experiencia, también, gustosamente querrían probar la fuerza de sus dudas. Y si se le descubre, ¿no surgiría como torrente de nueva fe universal, indiscutida, buena para grandes y chicos, para todos los seres?

Se confiaría su busca a los religiosos puros, a los que desean creer. Al comienzo cada uno obraría a tientas, guiado por su particular inspiración.

El éxtasis -estado en que no sentimos el cuerpo, ninguna preocupación nos turba y somos
un haz con el ambiente-, sería el medio de vislumbrar a Dios, recibir su influjo o sentirlo. Es
verdad que el éxtasis sólo está al alcance de los
ricos, y al principio no se contará sino con buscadores pobres, únicos, por su desinterés e infortunio y porque su suerte depende de lo por
venir, capaces de servir una idea. La suerte inmediata, por otro nombre, bienestar, ha siglos
que está acaparada. Es verdad que el trabajador, por la índole penosa de su tarea, que lo
deja exangüe, no tendría jamás acceso al éxtasis.

El éxtasis será el medio de los buscadores de buena fortuna, pero el de los otros deberá permitir, tanto al conductor de vehículos como al que maneja una herramienta, elevarse a un intenso grado de sublimación dinámica, pues, así, no habría operario que no tuviera la expectativa de encontrarlo.

Ingenuos, escandalosos y optimistas habrá entre los buscadores, que pretenderán descubrirlo de inmediato. Será menester precaverse, con dulzura, de su celo inmoderado.

La búsqueda intemporal causaría desilusión a muchos hombres de flaco espíritu. Vale reflexionar y acordar un término alentador.

Los buscadores, sean religiosos puros, seres perplejos o individuos de fácil y poco duradero fervor, deberían probar su generosidad obligándose a una contribución periódica, no por lo que ésta represente, que algo significará, sino como símbolo de encendimiento.

No se reconocerá la calidad de buscadores, antes de un lustro, a quienes abandonen los cultos establecidos. Fuera de ser una cortesía para las viejas iglesias, que han construído sus verdades a través de milenios, y necesitan alimentar a innúmeros servidores, evitará cualquier asomo de competencia y, principalmente, el encono clerical, contra el cual ningún bálsamo lo es.

El buscador deberá pensar y repensarlo si quiere convertir a sus amigos en cofrades, y acaso sirva mejor al gran fin reteniendo dentro de sí las pequeñas verdades que se le revelen, pues cuanto conserva el sello de privilegio es apetecido con ardor.

Puede que entre los buscadores haya personas, de rica objetividad, que prefieran efectuar la búsqueda en el medio físico. Es bueno que obren sin prejuicio y acepten que también pueda estar en las iglesias.

Si para la relación con multitudes humanas, a manera de símbolos, fuera bueno tener profetas y vírgenes, elíjase personas de hermoso porte, pero de formas muy ceñidas. Aunque envejezcan continuarán pareciendo lo que fueron.

Y, finalmente, si los buscadores de Dios caen en la tentación de reunirse en concilio, ¡qué no den a ninguna de sus verdades más de un decenio de validez!

ESCALA MISTICA

A Francisco Walker Linares

El religioso puede ser dulce, manso, lo que se llama un bienaventurado. El antirreligioso lo es por su temperamento pasional. Negó por orgullo, de hablador, y su personalidad se fortaleció en la negación. Le mueve un fervor espantoso. Si no consigue en plena mocedad idear una religión a su gusto o identificarse con alguna pasable, se confinará en cualquier escondido pueblo y volverá a creer en la antigua con violencia, con arrebato y, si urge, con garrote en mano.

El incrédulo precoz, al perder la noción de su juventud, suele tornar a la fe. Cree entonces por cuatro hombres juntos, y le queda tiempo, si es sociable, para propalar su conversión en diarios y revistas.

Existen, y son incontables, personas de ordinario incrédulas. Empero, cuando son presa de la angustia, extraen de la nada a Dios y sólo en su presencia, espiritual, ven con nitidez la línea recta. Apenas se recuperan vuélvenle a sumir en la nada. Son los verdugos de Dios.

. . .

El misterio de la Santísima Trinidad (¿por qué se hizo público?) ha causado y causa perplejidades. Unos, los de mente sutil, aférranse a Dios. Otros, quizás los emotivos, se unen a Jesús, porque sufrió. Rara, excepcional, es la persona, salvo los teólogos, que concibe el Espíritu Santo. Al pretender figurárselo, caen en el vacío.

. . .

Las buenas almas, sin agraviar al Altísimo ni a Jesús, prefieren confiar sus cuitas a San Antonio, San José o al Niño Jesús de Praga. El primero es familiar, tanto que si no obra rápidamente el milagro, su imagen es puesta de cabeza, dejada a la intemperie o vejada.

. . .

Las mujeres, ya por pudor, ya por la naturaleza de sus quebrantos, dialogan con la Virgen María, excepto las de familia militar, que encuentran más propio hacerlo con la Virgen del Carmen.

. . .

Los hurtadores, que gracias a la fe pueden soportar las asechanzas de carabineros y pesquisantes, antes de meter la mano en bolsillo ajeno, se encomiendan a San Cayetano, santo que da dinero.

Más lejos van las comadres que hacen mandas a las "animitas", ya que éstas, a menudo, estuvieron encarnadas en asesinos, ladrones o sujetos tumultuosos.

Los avaros se encariñan con la idea de que Dios está en todo lugar, dejan el templo y ni arrastrados por bueyes darían un centavo para el mantenimiento del culto.

Ciertos pobres, que sienten muy a lo vivo el espíritu de clase, se resisten a elevar sus preces en iglesias suntuosas. Barruntan que en éstas Dios sólo hace mercedes a los ricos.

No pocos enfermos del estómago adoptan el régimen vegetariano, lo que no ofende a Dios, pero el sabor de las verduras y tubérculos los sume en la teosofía y mueren como aspirantes al nirvana.

Los inmigrantes, si triunfan, hacen suyos los usos y la fe del país que los acoge.

. . .

Algunos posesos, que ven doble a su mujer, apenas pretenden disfrutar de las ventajas de esta obsesión, devienen mormones.

Los novios, cuando el genio de la especie los apremia, si no son ricos, aunque pertenezcan a otra confesión, abrazan la fe de su suegra potencial.

Hay individuos dados a lo misterioso. Duélense de que el culto sea público. Les contraría que no se elija a los creyentes. Nadie sabe cuándo toman el camino de las logias.

Existen los negadores vociferantes. Son legión.

Entre los negadores silenciosos, triste es confesarlo, debe ponerse a sacristanes, monaguillos y campaneros. Son incrédulos porque la religión es para ellos trabajo.

Los que se educan en seminarios y, fuera de oír misa de alba, deben someterse a ejercicios espirituales —incompatibles con una alimentación abundante y sabrosa—, sin confesarlo, engrosan la cáfila de los indiferentes. Dios y privación se les convierte en sinónimos.

. . .

Señoras de acendrado catolicismo, caen en la extravagancia de elegir sus sirvientes entre las de credo evangélico, sólo porque éstas se dan más a la Biblia que a los mancebos.

. . .

La suntuosidad casi oriental de las iglesias o la majestad del rito, cohiben a muchos seres de mente todavía primaria. Mas, como precisan a Dios, lo buscan en religiones humildes, asiladas en pobres edificios, tan pobres como sus moradas. Sus pastores nada sospechan de teología, pero saben remendar un par de zapatos, empuñar una plana o hacer que gima el serrucho.

. . .

En la salvacionista se le ofrece uniforme y se le enseña a cantar himnos con acompañamiento de guitarra: la pentecostal deja contar la propia vida y, en el invierno, parte del rito se cumple saltando o en libre baile; la cuáque ra, enseña a callarse. Es religión para varones. La metodista desarrolla la seriedad y, domingo a domingo, prueba a sus fieles proscribiendo la risa, la sonrisa y todo vano gesto de alegría.

Suelen llegar a la más intolerable apatía los deportistas, no por razonamiento, que no es su mira, sino por emplear las mañanas domingueras en mover brazos y piernas. Su ausencia del templo, insensiblemente, los priva del hábito de creer.

. . .

Al humanitario creyente le duele que menudeen las guerras y permanezcan las multitudes en miseria inalterable. Y como con su acción no logra acabar con la guerra ni la miseria, por hacer algo, suprime a Dios.

. . .

Los hombres dramáticos acomodan su vida a un patrón santo, pero si les sobreviene una desgracia grande, dejan chicos a Jeremías y a Job y no tardan en arribar a la más patética negación. Son de una pieza.

• • •

Muchos jóvenes alardean de ateos sólo por singularizarse. Si sus oyentes se asombran de tal jactancia, los jovencitos conservan el ateísmo como adorno.

49

Son negadores también ciertos ambiciosos que habrían deseado ser los propios descubridores de Dios. Por resentimiento niegan.

. . .

A los sindicalistas les parece insufrible tener Dios común con su patrón. Y como todos los dioses son reservados ante la lucha de clases, optan por la acción directa.

Ш

EL ESCRITOR Y SU EXPERIENCIA

Era adolescente cuando, para ganarme el pan, intenté aprender los más diversos oficios. Así pude vincularme a obreros ansiosos de establecer una sociedad igualitaria y libre, como la conciben los anarquistas. Muy pronto hice mía tal aspiración, porque nada ayuda tanto a decidirse como el ser joven, y todavía con un resto de candor. Esa hermandad perfecta se estaba fraguando casi a mi vista. De habérseme preguntado la fecha de su advenimiento, y del consiguiente cambio social, no hubiese vacilado en considerarla terrenal dentro de cinco años. El año del mancebo es muchísimo más largo que el del adulto.

De esos trabajadores, decididos artesanos del porvenir, fué el zapatero Augusto Pinto, mi maestro. Nos unía la más profunda afinidad y cuanto él decía encontraba en mí eco perdurable. Siempre estábamos imaginando, detalle a detalle, la organización futura, la anárquica, la de los iguales. Aunque su certidumbre de que la sociedad ideal era tan inevitable como el aire y la luz, expresó una vez:

-¡Gran cosa sería un estado de pobreza sin miseria!

Cuando lo dijo me pareció un deseo prudente, juicioso también, pero muy limitado. Pienso, ahora, que si la humanidad alcanzara ese nivel, el de la pobreza sin miseria, en no más de un siglo, habría que echar a vuelo todas las campanas.

¿De qué modo podía acercar, hacer más viable, la sociedad de los iguales? Mi padre había escrito relatos y versos que dejó inéditos. Mi abuelo materno redactó obras técnicas. Y mi madre, lectora de novelas, solía, en noches de invierno, contarlas con viva sencillez.

Al servir de mozo en una biblioteca, hallé un retrato de Máximo Gorki, que lo mostraba con sobretodo de cuello redondo, abotonado bajo el mentón. El abrigo se me grabó tan profundamente que de imagen se me transformó en deseo. Recorté el retrato y lo conservé largo tiempo. Había leído los más de sus libros. Leyéndolo tomé gusto por el paisaje literario y pude, cuando mi sensibilidad se afinó, sentirlo en la naturaleza. Su amor por la errancia prendió en mí, pero, dada mi índole sedentaria, en vez de ir de una región a otra, como Gorki lo hiciera, lo satisfice cambiando de empleos dentro de la ciudad. No trabajé sino para patrones agradables, notoriamente simpáticos. Al equivocarme y caer bajo la potestad de un sujeto hosco o ligeramente animal, en el lapso de una mañana lo abandonaba. No había entonces poder

alguno que me obligara. Casi era un hombre libre.

Nunca tuve sobretodo. Mi madre, al comenzar el frío metía, entre el forro y la tela de mi chaqueta, una mano de periódicos, y en la estación invernal sentíame tan abrigado como un rey austero. Pero el de Máximo Gorki se me impuso. Ni antes ni después sentí con persistencia deseos de poseer cosa alguna, salvo ese abrigo. Apenas reuní dinero encargué uno parecido, mas no de género grueso como el buen sentido aconsejaba, sino de cheviot. Al principio estuve muy satisfecho. Consideraba que llevándole me identificaba con el ideal de hombre superior que uno se ha forjado.

Leí entonces "El abate Julio", de Octavio Mirbeau.

En el transcurso de los meses perdí el regocijo que mi abrigo me causara, tanto porque me flotaba, lo que podía estar bien en un profeta, como porque se me enquistó la tonta idea de que con él asemejábame al fraile loco, al abate Julio.

Una noche, ya tarde, mientras bebía café en la Alameda, acercóseme un alemán escuálido y viejo, que al mediodía dejara el hospital. Cubríase con camisa de brin, carecía de hogar y su porvenir inmediato era la neumonía. Una mezcla de piedad y desapego a mi sobretodo, tan flotante, me impulsó a dárselo sin pensarlo dos veces.

. . .

Bajo la influencia de Gorki tomé la descomunal resolución de irme a Valparaíso. Era para mí no menos que partir a la Cochinchina. Nunca había visto el mar. Durante un mes imaginé cuál sería mi vida en el puerto. Lo mejor de los viajes debe de ser la visión previa.

Figuró en mis planes dormir junto al malecón. Fantaseando en mi casa no podía sentir frío, ni molestia por la promiscuidad, ni desazón por la catadura de los vagos.

Al abandonar el tren, en el puerto, huyó de mí el deseo de pernoctar al aire libre. Sin demora busqué la carta de recomendación que alguien, casi a la fuerza, puso en mi bolsillo, y acepté muy complacido la hospitalidad que se me brindaba.

Tras unos días de ocio, me convertí en vendedor de libros, primero en la Subida de San Juan de Dios; a continuación en el Pasaje Quillota. Ofrecíanse en una tienda los saldos de la que fuera editorial del libro barato. Entre las obras que adquirí, a sesenta centavos el volumen, estaban "El inútil", de Joaquín Edwards Bello, y "Azul", de Rubén Darío. Los demás vendedores, que lo eran de aves, verduras y frutas, mirábanme no sin extrañeza, juraría que con menosprecio, también.

Agotada esta experiencia, fuí cobrador de tranvías en la línea de Valparaíso a Viña del Mar. Pretendieron enseñarme su manejo, pero cuando me lo confiaban no lograba detenerlo antes de la esquina, sino más allá, a media cuadra. Por milagro no atropellé a nadie.

De cobrador tampoco conseguí sobresalir. La vida en el puerto era muy familiar y solía acontecer que subieran señoras, hasta elegantes, que habían olvidado su portamonedas. ¿Cómo incurrir en la grosería de hacerlas bajar? En ese evento debía, hidalgamente, premunirlas de boleto para que el inspector no me multase, pues existía la creencia, ignoro si fundada, de que todos los pasajeros pagan.

Era frecuente que el carro, en el terminal, se repletase con gentes que subían, simultáneamente, por ambas plataformas. La cobranza, con el vehículo en marcha, y con tal hacinamiento de prójimos, era lenta, llena de peligros, penosísima. Desde luego imposible resultaba cobrarle a todos; no quedaba tiempo para ordenar las paradas ni las partidas; protestaba el público; el maquinista injuriábame con expresiones muy cálidas, y de subir el inspector debía afrontar su fiera mirada, y el parte, que no demoraba sino segundos en redactar. Mientras, solía equivocarme en los vueltos, siempre en mi contra, porque el pasajero sabe con qué paga y comprueba cuánto se le devuelve. Si les daba de más, guardaban provechoso silencio. Como debía desplazarme entre individuos numerosos, de conceptos muy desiguales acerca de la propiedad, estaba a merced de siniestros necesitados, de muy largas manos, de los cuales a duras penas conseguía precaverme. Al acabar mi turno, y entregar el dinero en la contaduría de la empresa, rara era la vez que no me faltase. En el primer mes trabajé casi en exclusivo beneficio de aquélla y, en los que vinieron, no pude eludir la visita a tan pavorosa oficina.

Aunque mi designio no era trabajar de balde, ya porque la empresa perseguía el interés y no la beneficencia, ya por mi propia necesidad clamante, en el hecho, por torpeza, mi sueldo era ilusorio. Esta circunstancia contribuyó a que en ciertos días rehusara el turno, a sabiendas de que sujeto quedaba a nuevas multas, y me fuera a vagar por los cerros del puerto.

Tales andanzas, y otras que es humanitario omitir, sirvieron de núcleo a la segunda parte de *Vidas mínimas*.

Al retornar a Santiago, tuve mayor contacto con José Domingo Gómez Rojas, que, fuera de su voz abarcadora, tenía el poder de amplificar cualquier asunto (hasta miedo inspiraba a algunos). Era elocuente. Nunca careció de tema ni jamás se mostró decaído. Bastaba que dijera una frase para que su fantasía lo proveyese de ciento o mil más. Estudiaba castellano en el Instituto Pedagógico. A una pregunta del

profesor Ducoing, contestó en un discurso de una hora.

Nunca mermó su admiración por Oscar Wilde, pero en lo demás era versátil. Al ser encarcelado, su actitud bizarra con el juez Astorquiza fué digna del gran inglés. Es cierto que le costó la vida.

Era generoso, y lo animaba una curiosidad universal. Le habría gustado frecuentar a las jóvenes más empingorotadas. Afanábase en que sus amigos fuesen escritores o artistas. No había uno al cual no le adivinase vocación. Durante un paseo por las orillas del Mapocho, con algún misterio, me aconsejó escribir. De las observaciones que yo hacía, infería él que en mí, todavía en potencia, existían condiciones literarias. Como pasáramos ante una carretela, agregó:

—Aquí tienes la carretela, su caballo, el conductor. Hay un chico. Todo deberá describirse. Si el caballo anda, sus herraduras producen sonidos. Debes reproducirlos. El tiempo es fresco o caluroso; el rostro del carretelero acusa un estado de ánimo. Deberás captarlo, y también lo que sirve de marco, cuanto se ve o se mueve en torno. ¿Has leído "El hombre que sorbía su sopa", de Edgardo Garrido Merino? He ahí un cuento hecho con nada y, sin embargo, parece un cuadrito, uno de esos cuadritos flamencos.

Anduvimos cinco horas. El hablaba y yo escuchaba embelesado. Sus palabras estimularon mi vanidad y en la noche me senté a la mesa, en el comedor, mientras mi gente dormía, y escribí. ¿Qué pude hacer? De seguro algo muy ingénuo, una especie de introspección.

. . .

Escribí unas pocas páginas en el año inicial, y continué leyendo al Príncipe de Kropótkin, que era mi guía. Entre sus muchas afirmaciones sabias, se me grabó la de que no hay pensamiento ni sentir que no pueda expresarse claramente, con sencillez. Esta idea fué para mi como esas melodías que el subconsciente atesora y que, por períodos, proyecta hacia la zona luminosa de nuestra sensibilidad, para regalarnos.

La enseñanza mediante el libro, proclamarlo no es audacia, reside en que lo aseverado en éste se entienda de una sola manera. Cuando caben dos o más interpretaciones, es porque el escritor no fué preciso ni claro. Un libro así vale como acertijo.

Hay quien piensa que lo desentrañable en la primera lectura carece de profundidad, y es, así lo creen, superficial y hasta banal. A mi ver, es profundo el escritor que ve más lejos y ve más hondo, siempre que sepa acercar lo lejano y hacer diáfano lo escondido.

Me cuidé de no leer tratado alguno que contrariase mis ideas. Habíalas acogido con fervor, con religiosidad, tal si fueran dogmas. Creía haber descubierto la verdad y sentía por mis semejantes un piadoso desdén. ¿Qué les impedía ver lo que yo veía y pensar como yo pensaba? De Kropótkin pasé a otros rusos y, en seguida—sin percatarme— a los franceses, los nórdicos, los españoles, a cuantos tenían como horizonte la mejora social.

Antes de un lustro empecé a leer autores que no pretendían sino reflejar la realidad o decir lo que se les antojaba. Necesité valor al principio. Después me fuí acostumbrando a la libertad mental. Es un placer que embriaga y que confunde. El verse de súbito frente a todos los caminos, dificulta la elección.

Los hombres independientes, los que pretenden ser libres, no hay duda que responden a una vocación y forman parte de una familia, distinta a la de los simples creyentes que van, presurosos, a un término ubicable.

Caminan sin rumbo fijo los buscadores libres, van dispersos, no tienen mira común. Sus pequeñas conquistas no pesan ni abultan. Les gusta desplazarse por lugares y senderos elegidos al azar, pero si se considera el número de ventanas que abren aquí y allá, se justifica su móvil. Son iluminadores. Y cuando los otros, los del dogma o del sistema, se han comprometido y los valores de la convivencia están en trance de sucumbir, ¿quién saca un vozarrón más retumbante? ¿Quién clama más alto? El hombre que busca su verdad, aunque no vaya por camino conocido, suele encontrarla para todos.

La lectura ha sido mi placer más logrado. Por leer quise hacerme barbero y acepté empleos míseros. Siendo mozo en la oficina de una fundición, emprendí la lectura de los rusos. Mi patrón salía en las tardes.

A veces un industrial, que había entrado sin que lo sintiera, me preguntaba:

-¿Quedan uniones del seis?

En ese minuto solía estar en Odesa o en el mar Caspio, de ayudante del propio Gorki que allí trabajaba de estibador. ¿Se figuran mi apresuramiento, la celeridad con que debía abandonar el mar ruso para llegar en un santiamén a la oficina?

Al que pregunta, le parece interminable el tiempo que antecede a la respuesta, aunque sea de segundos. Y mi cuerpo estaba ahí, y mis ojos miraban y mis manos se movían, pero mis labios no podían responder. Era casi eterno el instante que mi alma tardaba en incorporárseme.

–Quedan. ¿Cuántas necesita? –respondía al fin.

En vez de alegrarse, el comprador mostrábase de súbito perplejo, como si ya las uniones del seis le fueran indiferentes. Al irse me gratificaba con la más anormal mirada de soslayo. Sólo después de mucho vivir, entendí que se mira de esa manera al que vuelve de la hipnosis o al extravagante.

Debía llevar encargos a domicilio. Leía en los tranvías. Al cabo de largo rato sentía desasosiego, como si esta vez demorase más en llegar. Efectivamente, me había pasado.

Con un libro abierto me iba a almorzar. Solía el personaje adueñarse de mi espíritu y miraba a través de mis ojos. Me sentía muy extraño, y feliz de serlo, pero nunca conté esto a ser viviente. Sojuzgado por el personaje, qué desconocido hallaba mi barrio, la calle misma en que moraba. Y no podía ser de otro modo. El era natural de la Ucrania.

De noche proseguía la lectura en cama. ¡No hay delicia igual! A las once, mi madre, que gozaba del privilegio de leer en las tardes, clamaba:

-Apaga la luz.

Conseguía una breve tregua. Y luego debía obedecerle porque era madrugadora. El desdichado personaje, en esa página estaba sufriendo un trance de consecuencias imprevisibles y quedaría entregado a su propia suerte. ¡Qué callada desesperación se apoderaba de mí!

Cuando me echaban del empleo o resolvía no ver más a mi patrón, ni a ninguno de sus parientes inmediatos, vivía horas inmejorables. Eran quince o treinta días de hartazgos y de orgías en la Biblioteca Nacional, a la que entraba apenas abierta. Leía con vehemencia, visitaba otros países y era testigo de hechos sumamente privados y subyugantes. Estaban a mi disposición las mejores y las peores almas. Al salir, anochecido, a las calles céntricas, lo hacía con la sensación de verlas por primera vez, después de larga ausencia. En la casa observaba a mi madre y hermanos con acumulada ternura. Era como si me los regalasen de nuevo.

. . .

Casi ignorándolo derivé hacia la literatura. Redacté un boceto titulado "El conventillo". Conocí a don Miguel Luis Rocuant, que, por cortesía, me pidió colaboración para su revista. Don Miguel era de figura imponente; vestía bien; daba bastonazos a los choferes que ensordecían con sus cláxones; al término de su almuerzo encendía un puro larguísimo y, dos veces por semana, visitaba al Presidente de la República, que era su amigo.

El título de mi escrito parecióle de malísimo gusto. Cuando se lo entregué vestía paletó enhuinchado Fué peor. Mas, como hombre fino y de educación a prueba de emociones, hizo un gesto amable y dijo:

-Mejor le pondremos "En el arrabal". En el arrabal, fué la base de "El conventillo" que, en seguida, desarrollé y es parte de Vidas mínimas.

Al aparecer la colaboración no cabía en mí de alborozo. Y éste llegó al éxtasis cuando ví, en el mismo tranvía en que viajaba, a un individuo gordo, empleado de zapatería, que llevaba la revista en su mano y leía mi producción. Antes le tuve por criatura insignificante. Desde ese momento hallé en él un halo superior y, durante muchos años, al verlo tan opulento de formas, parecíame que éstas eran el mero disfraz de un pensador que se ganaba su vida en un afán modesto.

• • •

Cuando empecé a escribir era costumbre leer un trozo a cualquier compañero. Nadie se ofendía. El oidor no dejaba nunca de corresponder con una frase estimulante. En esa inteligencia leí a un amigo poeta unas pocas paginitas y, terminado que hube, lo miré.

¿Y saben ustedes qué me dijo este iconoclasta?

—Tu prosa es como estar contando chauchas. Escribía de preferencia en los veranos para quitarle el cuerpo al frío. Trabajaba en la noche. Hacía un párrafo, lo corregía y, al desaparecer la posiblidad de mejorarlo, poníale en limpio en otra hoja, y en ésta comenzaba el segundo. Era procedimiento digno de un miniaturista chino, que se me pegó de observarlo en el poeta amigo, el cual pulía verso por verso y sólo escribía el siguiente cuando el anterior estaba acabado del todo. Necesitábamos de grandes cantidades de papel.

Mi propósito fué ser preciso, económico de palabras y ajustarme a lo que sentía. También quise ser consecuente con mis ideas humanitarias y ofrecer al posible lector escritos breves. Más tarde, atendiendo un consejo, escribí de una vez el asunto, con vista a preservarle la frescura y la unidad.

En la siguiente sesión me ocupaba de ordenar lo escrito y en muchas otras de suprimir lo accesorio, y completarlo. En ocasiones luchaba en vano por continuar, pero no daba con la frase o el párrafo que permitiera pasar de una idea a otra, de una escena a otra escena. Esa frase que sirve de puente, da qué hacer. Descubrí, tras fatigosas búsquedas, que la consulta con la almohada tenía sentido profundo, y, al dormirme, hacía traspaso de mi preocupación al subconsciente, ese mozo interior que tanto nos ayuda. A la vuelta de días la frase o el párrafo graciosamente caían a la punta de la pluma.

Otra dificultad que sume al escritor en sostenidas vacilaciones es cuando, en lo que va escribiendo, una idea secundaria se desarrolla y colorea desmesuradamente. Lo doloroso para el autor es que esta idea dé una página o más y que en sí tenga alguna calidad. ¿Cómo sacrificarla si ha salido tan bien, con tanto sentido y fluidez? Un sentimiento paternal induce a dejarla y el total se resiente y fracasa. Muy a la larga, se adquiere el heroismo de eliminar cuanto sea impertinente.

La eufonía nos arrastra, a menudo, a redondear la frase, a darle un término expirante y delirante. Como sonido es inmejorable. Mas, releyendo, se advierte que las dos o tres últimas palabras son palabras, por dentro nada las anima. Entonces uno las suprime y la frase queda como esos senderitos de montaña cortados por el abismo.

Es fastidioso también que el texto quede liso. Disgusta que ideas y sentimientos se ajusten a un diapasón. Debería producirse en la prosa un poquito de oleaje. La variación es lo que todo escritor envidia al músico.

La inteligencia disfruta cuando puede prever el desarrollo y fin, en cualquier plano, de un relato. Pero eso suele matar la sugerencia, hilo sutil a través del cual quien lee completa la creación. Si imaginamos la pintura de un trozo de calle, cegada al fondo por una vivienda, podemos figurarnos cómo viven los que ahí habitan, pero si el pintor deja la calle abierta, quien mire podrá imaginar infinidad de variantes y cuando la propia fantasía deje de ver, quedará todavía la ilusión de que el camino continúa.

Lo que ameniza el trabajo es la persecución de oraciones o vocablos sin oficio. No soy mal cazador y termino la jornada con las manos llenas. Suele asaltarme la duda de que, alguna vez, la euforia me lleve a eliminar palabras que podrían tener función.

El texto concluído —un relato, un cuento, lo que sea— mejoraría muchísimo si fuera conocido de personas habituadas a leer. Casi nunca sus reparos son equivocados. Si leemos a cualquiera una página sobre algo real, es seguro que nos dará una opinión certera.

La última lectura de su original debería hacerla el autor en frío, cuando haya olvidado lo que escribió, y no corregir más de cinco páginas diarias para que su atención se mantenga ávida.

No parece sensato que el autor pueda gozar leyendo sus propios libros. Al leer lo suyo, por acabado que esté, no puede eludir el contraste entre lo conseguido y el antecedente que le sirvió de inspiración. Gran parte de éste continúa dentro de él en estado inefable, como ocurre con lo más tierno, con lo más delicado.

El placer se lo procuran las obras ajenas, pues las aprecia en sí, por lo que expresan, por la emoción que le trasmiten o por el agrado, sin saber de qué partieron sus creadores. Y disfruta más que el lector común porque sabe cómo se escribe y celebra, a conciencia, las dificultades que el literato salvó con grandeza.

Se dirá, ¿por qué empeñarse entonces en escribir y no contentarse con los libros clásicos, probados por siglos? Aquí se impone una confesión penosa: hasta el más humilde escritor, aquél desconocido aún de sus vecinos, conserva la irracional esperanza de crear una obra imperecedera. Aunque exista en español una medida tal alta como el Quijote, él confía, por instantes que se van y siempre retornan, en hacer algo mejor. Si lo dice a gritos, será tenido por loco, y de insistir hasta puede ser recluído.

Ninguna persona razonable osaría negar a nadie la posibilidad de un logro inmortal. Mientras aliente el más cohibido de los seres, tendrá la potencia de expresar lo nunca dicho.

Un escritor concienzudo no puede aspirar sino a que su obra sea pasable o, si se prefiere, digna de leerse. Hasta ahí puede la voluntad. Escribir, alguna vez, una página merecedora de constante recuerdo, es algo que no depende del autor. Es un resultado, una gracia o milagro, cuyas leyes todavía se desconocen.

Pero, aunque se escriba mal, escribir es un bien, sobre todo para aquellos seres, hiperetésicos, a quienes la vida hiere en exceso y que, por educación, orgullo o admiración a los ingleses, no gritan ni se lamentan, y absorben los sinsabores y los malos ratos, sin pestañear, sin darse por enterados, aunque, a su debido tiempo, su sistema nervioso o su estómago sí que se enteran.

Cuando el prójimo herido quiere olvidar sus penas leyendo, no entenderá lo que lee; si se sumerge en un ambiente de melodías, no podrá oír, pero si escribe —o se entrega a un trabajo de creación— a los pocos minutos, todo su ser estará dentro de las ideas, las formas o los colores y pronto no sentirá malestar alguno, no sentirá su cuerpo, lo que constituye casi la felicidad

También fatiga escribir. Cuando al borde del cansancio visitaba librerías, y veía sus anaqueles repletos de libros que nadie compra y que, seguramente, sus autores hicieron con la intención clarísima de que fueran obras maestras, mi entusiasmo esfumábase por completo.

. . .

Al acercarme a los veinticinco años me creí muy inteligente. ¿Por qué? En parte por gusto, cómo no va a ser uno dueño de ilusionarse, y un poco porque mis amigos, tal cual vez, solían decirlo.

Hallándome en cierto grupo, tuve la primera

Cuando uno se incorpora a un corro en que hay desconocidos, fugazmente clasifica a éstos y, por ejemplo, se dice:

-¡Qué tipo tan alto!

Del siguiente que usa anteojos:

-Tal vez sepa mucho.

Y de otro, mal vestido, delgado, sin color ni característica:

-¡Es un infeliz!

Se esforzaban todos en prever el fin lógico de acontecimientos que estaban desenvolviéndose. Sin meditar bastante, di mi opinión.

El infeliz habló al último, sin levantar la voz, ni gesticular ni excederse siquiera en una frase, y lo que dijo era lo único posible, lo que buscábamos en la oscuridad. Tuve que reconocer su intuición. Me sobrepasaba en inteligencia y era más clarividente que cuántos allí discutían. Nunca tuve oportunidad de volver a oirle, pero, a hurtadillas, al cruzar por su camino, mirábale seguro de que con su facha de nada podía ver antes que yo y mejor que yo.

Este episodio me enseñó que la inteligencia está bien repartida, y que se la usa mejor escuchando en sosiego. Hablé menos desde entonces, ganoso de hacerme sabio, pero, al llegar a la cuarentena me volví locuaz.

Conservé, eso sí, recelo de los individuos de aspecto anodino. Hay que observarles con paciencia. De repente sacan de entre sus andrajos un magnífico diamante, y, sin inmutarse, lo arrojan al aire.

Encariñábame con el trabajo que caía a mis manos. Hasta solía pensar, si estaba pintando una muralla, que manejar la brocha sería mi faena invariable. Con el paso de los meses, dada mi natural veleidad, mi espíritu abandonaba la tarea y no mucho después lo seguía físicamente.

La literatura no siempre me interesó. La dejé por largos períodos. Llegué a convencerme de que cualquier persona tenaz podía cultivarla. Tardíamente, al tener trato asiduo con universitarios, he debido aceptar que no es así, pues buen número de ellos no alcanza a perforar las frases hechas, ni se reflejan en lo que escriben, y los mismos profesores del idioma, si bien logran, y no todos, la claridad y la precisión necesarias, no consiguen dar su matiz. Los domina el lenguaje administrativo, impersonal, que es la negación de la literatura.

. . .

No soy observador consciente. Al hallarme con alguien puedo recordar qué dijo, si estaba alegre, si triste o indiferente, pero nunca detalles físicos.

. . .

No está en mí aceptar la realidad como suele ser. La siento y la veo como algo favorable a mí, por un tamiz un tanto ilusorio, y todo esto a veces me conduce a inesperados desengaños.

Lo que de la realidad no se me escapa, acaso porque lo persigo, es el acto único o la frase singular que expresen lo genuino de un hombre o de una mujer. Es privilegio de grandes mujeres y grandes hombres que sus acciones sean notables. Los individuos corrientes se confunden unos con otros; sus hechos y decires parecen reproducir lo que se hace y se dice a diario, en cualquier parte; pero hay un instante en que el ser más anónimo crea un acto único o expresa un pensamiento solamente suyo. Estos son los tesoros que codicio.

. . .

Siento resistencia a lo dramático en la vida cotidiana y no aporto nada a su caudal. Me las ingenio para coger lo ameno de la existencia. Casi todo se me va transformando en recreación. No soy hombre serio sino por instantes. Los seres verdaderamente serios, siempre afirmativos, me parecen actores.

. . .

De no estar sometido a la sociedad, evitaría cualquier decisión rápida. Cultivaría en mí, resueltamente, el escapismo.

No sirvo para el trabajo en común. Me agrada hacerlo a mi arbitrio, como lo veo, sin sujeción a plazo.

Estoy de acuerdo con mis amigos íntimos en la visión general de la vida, aunque difiero, a menudo, en la actitud, en el acento, en cierto más o menos indefinible.

Pienso separado de los demás, pero no pier-

do de vista la porción de verdad que ellos poseen.

. . .

El valor, no siendo imperativo del temperamento o excitación del ambiente, necesita el estímulo de convicciones cercanas a lo absoluto para que se manifieste. En mí es problema de conciencia, algo semejante al deber, pero rara vez de pura emotividad. Soy el reverso del temerario. Cuando un ímpetu me arrastra, me refreno por instinto. Lo pasional lo tengo asociado al ridículo.

Lucho oponiéndome pero, desgraciadamente, no estoy con un polo ni con el otro. Sin perjuicio de ser quitado de bulla, casi siempre, con harta timidez y con inacabable paciencia, constituyo un pequeño polo equidistante de los otros. Esto no es cómodo, pero es así.

. . .

No obstante, me figuro que si no pertenezco a la familia de los contemplativos, soy su allegado. Al contemplativo no sería acertado concebirlo en forzosa inmovilidad. Hasta es posible que lo que es su deber hacer, lo haga con rapidez, casi volando; pero su agrado consiste en mirar, en escudriñar el sentido de las acciones, en comprender. Su goce, cómo negarlo, no deja de costarle caro, porque se presume que el hombre activo es quien forja la historia. De ser

así, al espectador no le queda otra disyuntiva que sufrirla.

Podría agregar, para consuelo del contemplativo, que el hombre de acción no está libre de amargura. Da el primer paso casi agobiado por su concepción renovadora. En el camino se le juntan muchos y cada uno altera, cambia, modifica o reduce lo que aquél se proponía. Vienen luego las limitaciones de espacio, tiempo y tradición. Y se agrega, todavía, lo imponderable, y cuando llega y quiere crear lo suyo apenas halla en dónde hacerlo y cómo hacerlo.

En los grandes cambios sociales, aún en los más revolucionarios, qué poco es lo que queda a firme de las verdades nuevas. En cualquier síntesis de alcance colectivo, parecería que entra un kilo de verdades viejas y sólo un gramo de verdades nuevas. Pero un gramo también es una unidad, y más todavía si es germinatorio.

. . .

Los escritores poseen una muy sensible memoria para las palabras, así como otros la tienen para la historia, los colores, la matemática o los sonidos.

Nos enseñan a hablar las mujeres. Deben repetir las mismas voces ciento o mil veces. Pudiera ser este el motivo de que la mujer, por responsabilidad natural, hable, en el curso de su vida, algo más que el varón. Pero, si no repitie-

0

ra hasta el cansancio ¿cuándo aprenderíamos a expresarnos?

Es un tesoro, para el que va a ser escritor, que su madre se haya formado más con la vida que con los libros, o haberse criado con niñera campesina. Ambas hablan la lengua del pueblo. Usan vocablos probados durante siglos. Las trescientas palabras que aprendemos de sus labios, serán nuestro lenguaje y nos ayudarán a entender a cuantos se expresan en el mismo idioma y a ser comprendidos por la generalidad.

La lengua popular es la lengua. El pueblo efectúa labores muy variadas y le corresponde, de hecho, el dominio de la naturaleza. El ir delante, conquistando espacio, lo enfrenta a fenómenos originales y le obliga a darles nombre. Su libre imaginación lo presume de rara sabiduría para bautizar lo que ve, siente o descubre en estado virginal.

Además, el pueblo es el conservatorio de todo. Expresiones refinadísimas, que nacen en salones, pasan luego a las obras literarias, pero desaparecen del lenguaje culto, siglos después se encontrarán cabales en labios de mujeres y hombres humildes.

Recuerdo que, en compañía de un caballero, fuí a una casa de labradores, en las afueras de un pueblo. Se nos hizo entrar. En seguida apareció una muchachita de quince años, con una bandeja, y nos sirvió sendos vasitos de mistela. El caballero la cumplimentó por lo bien que se hallaba. Ella, sin alzar los ojos, respondió:

-Es favor que usted me hace.

En circunstancias semejantes he oído también: "Gracias por su fineza" o "Gracias por su lisonja".

Si estas locuciones figurasen en novelas, sería menester atribuirlas a personas de muy cuidada educación para que resultasen naturales.

. . .

Hay escritores inteligentes, bien dotados, que malogran sus escritos usando tecnicismos u otras palabras de diccionario. Quien los lee va deteniéndose en los vocablos y olvida el sentido o la idea.

Mas, una de las metas del escritor, es la posesión de una lengua rica, con toda suerte de elementos expresivos. De tanto en tanto será inevitable valerse de una voz poco usual, casi desconocida en el vocabulario corriente. Es bueno tomar precauciones: emplearla en su más directo sentido y acuñarla antes y después en palabras familiares, tanto para que inspire confianza como para que se entienda por su relación con las demás.

La finalidad a que tiende cualquier escritor consciente de su oficio y enamorado, es que cuando expone ideas, el lector crea que oye, y cuando relata, que es testigo. En la intimidad de dos o más seres, alguien expresa un sentimiento delicado y conmueve a sus oyentes; o afirma su fe, con entusiasmo, en una gran causa, y logra exaltarlos. Tal efecto debe causar un buen poema.

Una persona, a quien consideramos, suele decir su pensamiento acerca de un asunto común. Y como la conocemos y la sabemos sincera, consigue interesarnos. El buen artículo, el ensayo deseado, es eso.

De sobremesa alguien cuenta un suceso. Se parecerá a otros muchos, pero un rasgo singular o el carácter intenso de tal o cual participante, nos mueven a risa, nos sorprenden o entristecen. Oímos sorbiendo cada palabra. Es como si hubiésemos conocido a las personas y estado presente mientras ocurrió. Una novela o un cuento deben apasionar en el mismo grado para que sean buenos.

De todo esto se infiere que las palabras son el vehículo, nada más, y que lo que va dentro o les sirve de enlace, es lo que en verdad importa.

Apenas he dicho que terminé un libro: "Vidas mínimas". Puedo agregar que lo publiqué. Por dos o tres meses estuve disfrutando de abundante felicidad porque los críticos lo recibieron bien, pero el público, además de cauto, se mostró prudentísimo, tanto que demoré diecisiete años en vender quinientos ejemplares. Sin embargo, tuve suerte con otros tantos que regalé. No me rechazaron ninguno.

Como la bondad de lo que se escribe no se puede demostrar, ni probar, el autor no tiene la certeza de haber hecho obra valedera sino a ratos. Cuando surge la duda, entristece; se ve sombrío; se siente la más desvalida de las criaturas.

Los sensibles en demasía recuerdan que existe el vino, el coñac y otros agentes de olvido. Los más vigorosos, con fuerza suficiente para enmendar su rumbo, se hacen industriales, comerciantes o funcionarios. Al bordear la cincuentena tienen un poco de plata. Basta que estén en reposo para que les entre cierta desazón: ¿Y si de persistir hubiesen escrito un buen libro? Y los abruma una tremenda melancolía.

Cuando se apoderaba de mí el desaliento, releía el prólogo que, por su gusto, Alone puso a *Vidas mínimas*. Releyéndolo conseguía, si no resucitar mi confianza, por lo menos dejarla latente.

El literato en formación, al vencer las primeras dificultades, se considera alto como una torre, y a medida que avanza, que va dominando la técnica, escribiendo mejor, empequeñece. Hay instantes, y también semanas y meses, en que no se ve, en que parecería estar a ras de tierra.

No hay escritor que pueda prescindir del es-

tímulo. Algunos siguen escribiendo porque amigos piadosos le aseguran una periódica ración de elogios. Durante un tiempo lo confortarán esas alabanzas; luego necesitará más y, si todos los lectores y críticos se pusieran de acuerdo en celebrarlo únicamente a él, no le causaría extrañeza. Sentiría que es lo justo.

A veces un escritor piensa que su vecino es un simple, hombre sin relieve y sin ideas, pero si éste se le acerca y le dice que leyó su último cuento y le agradó como ningún otro, se dirá: "¡Qué equivocado estaba! Este hombre es, qué duda cabe, muy culto, tiene gusto y su inteligencia es aguda".

Se asemeja a los demás artistas en lo desmesurado de sus ambiciones. Aspira a que su obra sea única. Si en un rapto de escepticismo se le entra el pensar insidioso de que su libro es meritorio en su país, verá presto que hay otros libros nacionales tan estimables como el suyo. Supongamos veinte. Esta comprobación lo inducirá a pensar que en el continente pueden, de esos veinte, salvarse dos. Y si de razón en razón asciende al plano universal, dejando de lado épocas, escuelas y cualesquiera diferencias, puede que ninguno le parezca digno de figurar junto a las grandes obras. Y el más horrendo pesimismo lo abatirá días y meses.

Otros literatos, por desventura poquísimos, son paternales, no dudan jamás y, aunque asombre, aman cuanto sale de sus manos. Los desespera, eso sí, la tardanza de los lectores en participar de idéntico amor. Suelen atribuirlo a incomprensión. Y para darse ánimo sueñan en que escriben para las generaciones futuras, presumiblemente más lúcidas.

. . .

El escritor, unas veces sabiéndolo, otras por instinto, es un buscador de la verdad. La que descubre asume una apariencia desgreñada, a menudo destructora, pero es siempre la verdad.

Frente al sacerdote, que tiene a su espalda una institución poderosa, y trabaja con verdades solidificadas, su personalidad resulta menos favorecida y sus frutos necesitan de largos años para que el pueblo los tenga por maduros.

La gente hace un distingo entre el escritor y los demás individuos. No lo considera enteramente normal, no le extraña si expresa ideas inesperadas, ni tampoco si cae en excesos o echa en olvido sus compromisos.

Puede embriagarse con frecuencia y no se dirá así no más que es ebrio. Se da por entendido que debe beber. Si no es monógamo a secas, nadie lo enjuiciará, porque se le considera notable amador.

Es claro que tampoco se le dará crédito, que ningún padre correrá tras él para que se case con su hija y que no habrá poderoso que le dé con placer un cargo. No se cuenta con el escritor para las obligaciones comunes. Se presume que dará muchos disgustos y caerá en mil yerros, pero nadie está seguro de que alguna vez no escriba una prosa que sepa a novedad, que enriquezca el caudal humano. El hecho de que no exista persona que no deba parte de sus ideas a los libros, concede a quien escribe una potencia imponderable.

Debido a la necesidad de ganarme el pan en lo primero que se me presentara, a mi debilidad por conversar horas, tardes y días, a mi escondida inseguridad (que a pesar mío conservo en el afán literario y en la acción), demoré cinco años en terminar el segundo librito: Alhué, más breve que el anterior. La crítica volvió a mostrarse generosa. Pude obsequiar cuatrocientos ejemplares. Los lectores dejáronse llevar por sentimientos dadivosos y agotaron el resto de la edición en no más de doce años.

Después me entregué a la vida, que fué para mí conversar más y admirar los bienes terrenales. Y también disfrutar de algunos. Y pensar en dónde y cuándo confluyen nuestra propia existencia y la de todos, y buscar, sin rumbo certero, el camino de la mejora común, que no se ve claro sino por instantes. Tras largos intervalos escribía unas páginas. Y hubiese abandonado tan sano entretenimiento de no entrar a una

nueva revista, en la que debí colaborar cuando otros no podían hacerlo.

Tardé más de veinte años en publicar Cuando era muchacho. Sería injusto decir que el público conservó su serenidad. No. Este libro se ha vendido en dos años solamente. Habrá que achacarlo a la velocidad de la vida moderna.

. . .

Al que mantiene comercio con la literatura le preocupa saber, a través de su existencia en qué consistirá su aportación. Puede, cavilando mucho, convencerse de que debe dar lo que en él hay de genuino, pero, se dirá ¿qué es lo genuino en un hombre determinado? La iluminación, a diferencia de la gracia que viene de lo alto, suelen proporcionarla los demás. Uno, en buena porción, es lo que otros aseguran que es, y sólo en parte ínfima lo que cree ser.

Aceptemos que se esté formado de una personalidad externa, sometida a usos y normas sociales, y de un ser interno cuyos pensamientos son espontáneos, buenos o malos, a veces temerarios o debilitados por un sino tímido, pero siempre vitales, verdaderos. Esta parte de nosotros es lo peculiar, lo genuino, la que debe ser escuchada.

El descubrimiento de lo que uno es, y no de lo que pretende ser, es valerosa tarea pues acaece, si el coraje no nos abandona, que tras mucho examen deba uno tenerse por individuo apenas mediano, lleno de limitaciones, condenado, perpetuamente, a no traspasar ciertas zonas.

Es natural que deseemos ser mucho y un tanto triste que en verdad seamos algo, pero, aunque sólo seamos algo, no cesa la obligación de dar lo propio, de darlo tan acabado como nuestro entendimiento lo permita.

Si el escritor escucha a su alma, y revela lo que en ella hay de valedero, no podrá falsearse.

Al verter el sentir íntimo se impone una consideración: la de no menospreciar la condición de los demás. Cuanto digamos será una apelación a la sensibilidad, a la conciencia del prójimo.

La misión de escritor es registrar los pensamientos del pueblo, todo el contenido de su voz, su sentir múltiple.

Y como el fin suele unirse al principio, repito que comencé a escribir en procura de un orden más favorable a la comunidad; tuve en el camino graves dudas sobre el sentido del progreso; hasta creí que después de agotarnos en cualquier intento creador, volvíamos al primitivo lugar, pero viviendo y juntando años, he adquirido el convencimiento de que estamos viajando siempre en dirección certera; aunque las fuerzas sociales nos obliguen a dejar el camino directo y nos impongan fatigosos rodeos. Las instituciones son transitorias. La fuerza también

lo es. La libertad, ordenadora perfecta, nunca es abatida por completo. De todas las pruebas surge más robusta. La equidad, aventado el ofuscamiento multitudinario, nuevamente encuentra refugio en mayor número de corazones. Y lo único firme, real, estable, es lo que los seres consienten sin presión de nadie.

Creo que la vida humana no tendría tanto arraigo si uno no pudiera forjarse planes de mejora social, si no imaginara que alguna vez habrá un nivel mínimo, pero satisfactorio, del cual nadie pueda descender y sí ir subiendo, por un más sabio empleo de las manos y del espíritu, a estados superiores en que cada hombre y mujer pueda realizarse para goce suyo y goce ajeno. Uno sería asaz empedernido si no concibiera la sociedad del porvenir de modo inevitablemente idílico.

